

veinticuatro, cuarenta, sesenta páginas en folio mayor!

Este es el lado práctico de la instalación. Pero hay otro. Puede muy bien un periódico ser concebido y dirigido como un negocio, no por eso deja de ser un negocio de orden particular. Es preciso que tenga una dirección moral, que tome partido á favor ó en contra de tal ley, á favor ó en contra de tal ó cual individuo, en una palabra, que revista una fisonomía individual. No puede deber esta fisonomía, como entre nosotros, á la personalidad de sus redactores, puesto que sus artículos no están firmados, ni aún, como en Inglaterra, tienen estilo y giros particulares estos artículos. *El editorial*—así llaman al artículo de fondo—ocupa un lugar pequeñísimo en esta enorme cantidad de papel impreso. Y sin embargo, cada uno de los grandes diarios de Nueva York, de Chicago, ó de Boston es algo como una creación especial, hecha á imagen del que la dirige y que casi siempre es su propietario. Asimismo, el presidente de una Compañía de caminos de fierro, es por lo común su principal accionista.

Este es también un rasgo particular del gran negocio americano y explica su vitalidad; es siempre la cosa de un hombre, la voluntad visible de este hombre, su energía que se encuentra encarnada en ella y como exteriorizada. La fórmula que usé hace un momento subrayándola traduce con exactitud esa relación, tan íntima entre ese hombre y su obra. Oireis decir corrientemente que el señor filanero ha estado mucho tiempo *identificado* con tal hotel, con tal banco, con tal Compañía de camino de fierro, con determinado periódico y es tan completa esta *identificación* que al pasar en un tranway delante de ese hotel, de ese banco, de esa estación ó de esa

redacción, si por ellos preguntais al vecino, os responderá siempre con un nombre propio. De allí resulta en todas las empresas americanas la elasticidad, la vitalidad, el perpétuo "hacia adelante" y también esa infatigable combatividad.—Ratifico nuevamente este último carácter en mi paseo al través de estas oficinas, nada más que en las minuciosas preguntas que me hace mi guía sobre la prensa francesa y sobre nuestros procedimientos para asegurarnos de la superioridad de la crítica literaria. Siente que es este el punto en que sobresalimos y quisiera que su periódico lo igualase. Todo aquel que es verdadero director de una de esas grandes empresas de publicidad, está siempre al acecho de una modificación posible que distinga su hoja de las otras—rehaciendo sin cesar esta hoja, llenándola continuamente de hechos nuevos, de mayor cantidad de artículos, ocupando mayor número de gentes y empleándolas mejor.

Practicada de este modo, esta dirección se convierte en un trabajo de una complejidad incalculable. La potencia adquirida por estos dictadores de la opinión es tan excepcional y tan real, comprende esta existencia tantas cosas queridas de los americanos: una fortuna inmensa y una inmensa responsabilidad, una labor inmensa que sostener y un perpétuo motivo para atraer la atención, que la ambición de los hombres verdaderamente emprendedores se ejerce sin descanso en ese sentido. A penas se funda una ciudad cuando ya pululan los periódicos en ella. En ocasiones aun no se funda y ya tiene su diario. Hoy acontece que el gobierno cede á una invasión de inmigrantes una gran porción de territorio. A una señal dada, todos se precipitan y cada pedazo del suelo pertenece al primero que lo ocupa. En la tarde ó

COLECCIÓN DE REVISTAS
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 D. A. N. L. I.

á la siguiente mañana de ese día, en esa llanura donde de las carretas y las tiendas diseñan un vago proyecto de ciudad, hay siempre una taberna, una oficina de correos, una iglesia y un diario!

¿Quién puede predecir si esas carretas y esas tiendas no son el principio de una Minniápolis, de un San Pablo ó de un Chicago? ¿Quién sabe si dentro de veinticinco años esta ciudad contará con cien mil, con doscientos mil habitantes y el diario con un número igual de lectores? Nunca espanta la pequeñez del principio á ningún americano que piensa en un negocio. Así como al meditar en el porvenir de este negocio no hay una sola posibilidad de extensión que no conciba, ni hay medianía que le desanime. Hay muchos ejemplos de resultados gigantescos obtenidos á pesar de los puntos de partida, pequeñísimos y enteramente humildes. El camino de fierro más extenso de los Estados Unidos, el gran *Central Pacific*, tuvo por fundadores á cuatro hombres casi sin recursos y de los que dos eran pobres mercaderes de Frisco. Construyeron los primeros trazos de la línea, kilómetro por kilómetro, sin contar con dinero para avanzar si no era trecho por trecho. La leyenda refiere que en algunos casos tuvieron que tender los rieles con sus propias manos!

En tanto que refiero estas reflexiones de un orden completamente general á mi compañero, veo en las salas por las que atravesamos á varios hombres, casi todos jóvenes, inclinados sobre sus escritorios y escribiendo con esa atención absorta en la que encuentro de nuevo el *hard work*, la facultad de emplear toda su fuerza en la tarea actual. Otros reciben telegramas que transcriben inmediatamente con máquinas de escribir. Aquí no hay asomos de esa atmósfera de club que forma el encanto de los salo-

nes de redacción en París. A estas horas, allá en París, el periódico está casi concluido y aun al terminarlo se charla, se fuma, se juega á la baraja, al dominó, al boliche. Aquí en esta apresurada máquina de noticias falta este placer y el gusto por este ocio.

Para poder estimar la diferencia entre estas dos oficinas de redacción, sería necesario diseñar y poner una frente á otra las dos figuras de reporter: la del parisiense y la del reporter americano. La principal cualidad del primero es la de ser espiritual é ingenioso; firma sus artículos y de esto resulta que su amor propio literario se mezcla siempre en parte á sus notas y noticias y que tiene que redactarlas con giros particular. Se le adivina burlón ó mordaz, cáustico ó tierno. Aun en este trabajo relativo á la anotación efímera de los hechos, es siempre un artista y alcanza el arte con frecuencia valiéndose de una charla pintoresca. En él existe el impresionismo y hallareis en su "modo de hacer" algo de los procedimientos de los escritores maestros del día. El reporter americano, es siempre anónimo, aun cuando reproduzca en el periódico noticias cuya conquista le haya costado prodigios de astucia y de energía. Como para indicarle que se le ocupa, no por la calidad de sus frases, sino por la de los hechos que refiere, se le paga á un tanto la palabra. En él existe el hombre de acción, el descubridor, y los romances de sensación toman naturalmente por héroe á este personaje cuya virtud maestra es la voluntad. Siempre debe encontrarse preparado para partir á los países más lejanos, en donde se verá obligado á tomar el oficio de explorador, como también que descender al fondo de las peores capas sociales, ó tendrá que hacer el oficio de espión.

En esta escuela de energía, puede, si tiene este

dón, llegar á ser un escritor de primer orden. Richard Harding Davis, el creador de *Gallegher* y de *Van Bibber*, es una prueba de ello. Un hombre á quien se conoce por su estilo, pues tiene un sabor extraordinario en la dicción de siete cartas y de sus discursos. M. de Bismark ha aun pretendido que el reportazgo, comprendido el americano, era la mejor escuela para un literato que quiera copiar el movimiento de la vida. Esta es una opinión de gusto, de aquellas que el Emperador expresaba en Santa Elena muy parcial y vacía completamente del conocimiento de la literatura pensada. Y valía la pena de citarla, pues es muy cierto que estas páginas improvisadas, casi telegráficas, en que el hecho aparece en su mayor claridad inmediata, tienen á veces un relieve que el arte no igualaría. Pero es un relieve inconsciente y del que no se preocupa el reporter. Su único cuidado es ser exacto y para llegar á esta exactitud todo procedimiento le parece bueno. Muchas personas se indignan por ello y en ocasiones con razón. Estaba yo en el estío pasado de tránsito en Beverley, cerca de Boston, cuando acaeció la muerte de uno de los más distinguidos oficiales del ejército federal. Debían trasladar su cuerpo á Baltimore y le celebraron honras fúnebres en la iglesia de la villa. A la mitad de la ceremonia entró un joven, se dirigió hacia el féretro, levantó con cuidado el paño fúnebre, golpeó con el dedo sobre la cubierta de la caja y dijo á media voz:

—“*Steel, not wood*, es de acero y no de madera.”

Después desapareció en medio del mayor estupor de la concurrencia; era un reporter.

Estas osadías crueles de inquisición se efectúan, á pesar de todo, con cierta sencillez, casi con ingenuidad. He leído muchos *interviews* y muchos párrafos

personales desde que estoy en América. Podría enumerar los que encierran algo ofensivo ó solo alguna intención, de las de pluma, tan comunes en los más insignificantes *entrefilets* de los *boulevards*. La especie de inocencia que tiene esta prensa tan audaz en sus investigaciones se explica, según creo, en primer lugar por el carácter profesional del reporter y en segundo lugar por el lector, si así puede decirse. El reporter cree su deber el proporcionar el mayor número de hechos al lector. Y el lector considera tener derecho á esta gran cantidad de hechos. En este desbordamiento de detalles positivos, el lugar reservado á cada personalidad es muy estrecho para que las insinuaciones malévolas quepan en él. El reporter tampoco tiene tiempo para aguzar un epigrama, como el delator á quien le comparaba hace un momento; no tiene tiempo de preparar una celada á aquel á quien interroga. Se preocupa mucho más de encontrar un “*en-tete*,” uno de esos *heading*, de los que una colección constituiría uno de los capítulos más humorísticos de un viaje á los Estados Unidos. Hace un rato, al entrar al cuarto destinado á la necrología y en el que están colocadas en cajones todas las biografías de los vivos que son algo conocidos, encontré sobre la mesa la prueba de un artículo ya preparado enteramente, sobre una célebre actriz que está en este momento muy enferma, con este *heading*:

—“La voz de cristal se ha roto, el pájaro no cantará más, *The cristal voice is broken, the bird will sing no more...*”

Como la encantadora mujer estaba aliviada, el artículo iba á reunirse con los millares de trozos parecidos que allí esperan entre los clichés y los grabados que retratan edificios y hombres.... —“Los edificios pue-

den quemarse y los hombres morir” me dijo filosóficamente mi guía que, al verme entretenido con lo fantástico de esos títulos, me enseñó en el periódico que verá la luz mañana lo más admirable que tal vez haya visto hasta ahora: “*Jercker to Jesús*—“Voló hacia Jesús”—es la relación de una pendaición, la de un negro “de un gentleman de color” por el “crimen usual,” como aquí se dice enfónicamente, es decir, por haber violado á una mujer blanca. Se arrepintió la víspera de su ejecución y murió cristianamente. No estoy muy seguro de que el repórter que reasumió esa muerte en esas tres palabras de sensación no sea él también creyente y que haya visto claramente la entrada de una alma rescatada al paraíso. Con seguridad miles de cándidos lectores la verán á la simple lectura de este anuncio. ¿Qué pasaría si se tratase, no ya de un acontecimiento tan vulgar, sino de la llegada ó de la partida de un pugilista ó de su combate con otro?

—“Ese es el acontecimiento que hace aumentar el tiro de un periódico,” dijo mi compañero. “¿Qué queréis?” agregó, “los anglo-sajones nos morimos por el *fight*. Lo adoramos en política y á causa de ello necesitamos ver dos *leaders*, uno frente á otro. Lo amamos en nuestras empresas y por ello no estaré contento hasta haber hecho de mi diario el primero de Estados Unidos. Aun lo amamos cuando solo se trata de algunos pufetazos. . . . Y creo que algo perderá nuestra raza el día en que se le cure de este gusto. . . . Pero será necesario mucho tiempo,” agregó con una sonrisa que iluminó su rostro, en el que encuentro como en el de muchos otros negociantes de este país, un algo de la fuerte fisonomía carnosa del *dogs*. Y no estoy lejos de pensar, como él, en efecto, en las diversiones nacionales, tan feroces así me parecen, son

producto de una educación instintiva. Con seguridad todo lo que manifiesta el ardor calculado del ataque y la postura invencible de la resistencia es útil para gentes destinadas á vivir en un país donde circula por todas partes un espíritu de iniciativa tan exasperado que, en diez años este edificio del periódico, estas máquinas y aun el periódico mismo, parecen cosas antiguas, lentas, informes, atrasadas. Esto fué lo que me respondió un *New Yorkino*, á quien hablaba de mi aprehensión al pasar sobre el puente colgante de Broklyn.

—“Es imposible que un día ú otro no se caiga” le decía yo.

—“*Well*,” dijo. “De aquí á entónces ya se habrá cnstruido otro y éste se demolerá. . . .”

. . . . He viajado por todo el trayecto de una de las extensas líneas que va hacia el Oeste con una de los Directores de la compañía, para ir á San Pablo y Minneapolis. Mi objeto al visitar la ciudad que lleva el nombre del gran apóstol, era presentar mis respetos á su arzobispo, Monseñor Ireland, el más elocuente de los prelados que orientan en la actualidad á la Iglesia hácia los problemas sociales. Hay algo de Savonarola en este sacerdote de largo y severo rostro, al que todas las asambleas parecen buenas para arrojar al pueblo la palabra de vida, y que me decía un día:

—“La ventaja que tenemos nosotros los Apóstoles Americanos, es que nadie se admire nunca de vernos en reuniones, cualesquiera que sean. ¿Os imagináis acaso á Monseñor de París asistiendo á un banquete dado por los empresarios de canalización de la ciudad? Causaría admiración el que yo faltase á ellos. Esto nos proporciona mil ocasiones para dar á conocer el catolicismo. . . .”

Y bajo qué forma presenta ese catolicismo, con qué amplitud tan magnífica! es preciso haber leído alguno de sus discursos para comprenderlo, ó por mejor decir, para sentirlo: "La Iglesia y el siglo! El siglo y la Iglesia! Aproximémoslos, pero con el más íntimo contacto. Que sus pulsaciones latan al unísono. El Dios de la humanidad trabaja en el siglo. El Dios de la revelación trabaja en la Iglesia. Son el mismo Dios y el propio espíritu."

Y más aun. "Que nuestra Iglesia, la Iglesia del Dios vivo, la Iglesia de las diez mil victorias sobre los paganos y sobre los bárbaros, sobre los falsos filósofos y sobre los herejes, sobre los reyes recelosos y sobre los pueblos desordenados, la grande, la caritativa, la liberal Iglesia católica, esta Iglesia sedienta de virtud, esta Iglesia hambrienta de justicia, tendría miedo del siglo XIX! Ella podría tener miedo de cualquiera siglo?"

Algunas palabras aun: ¿cómo sería posible que los cristianos de intención, de los que yo soy uno, y que se intitulan la legión, dejaran de temblar al oírlos pasar sobre el mundo moderno y sobre su propio corazón? Han llegado los tiempos en que el Cristianismo debe aceptar toda la ciencia y toda la democracia so pena de mirar á muchas almas desprenderse de él. Es fuerza que ahonde un canal sagrado á estos dos surgideros; y ¿quién puede saber si no es el Arzobispo de San Pablo el predestinado para realizar esta tarea? ¿Quién puede saber si en días no lejanos pronunciará semejantes palabras colocado en un puente más elevado aún? Ya hay un Cardenal americano, ¿por qué pues no habría dos? ¿Por qué no podría haber un Papa, salido de esta Nación libre, en donde los jefes de la Iglesia han sabido volver á ser lo que fueron los primeros apóstoles, hombres

cuyo corazón latía al unísono con el del pueblo— con el corazón de los humildes en quienes fermentan tantas ideas irresistibles? Y este pueblo cree en esas ideas, contrarias á lo que Cristo ha enseñado. Probadles, probadnos que no es así y que podemos salvar todo con el Ideal de que vivieron nuestros padres sin tener que sacrificar nada del que palpita en nosotros, Qué obra para un pescador de almas de la gran raza, y con qué impulso irá éste mundo moderno, tan enfermo por las negaciones que formula al través de su ciencia incompleta, hácia la Iglesia cuando muchos de sus apóstoles hablan el mismo lenguaje que él habla! En el naufragio de la civilización europea, á quien el militarismo y el socialismo se apresuran á ahogar en la barbarie, ese será el punto luminoso hácia el que deba uno encaminarse. Y no será tan menguada la gloria que le quepa á este país por haber encendido la chispa de ese fuego director.

Debía encontrarme con el Arzobispo más tarde en Nueva York y recibir de su persona una impresión igual á la que me produjeron sus discursos. En esta ocasión, y en tanto que yo le buscaba en San Pablo, en el modesto "office" que ocupa á la puerta de su modesta catedral, él estaba en Baltimore pronunciando en el jubileo de S. E., el cardenal Gibons, uno de esos sus discursos, tan intensos como una llamada. Y á pesar de no haberle encontrado, no siento esta larga excursión. Y la califico de larga recordando las costumbres francesas. Catorce horas de camino de fierro no son nada en América. He podido, durante la duración de este trayecto, penetrar con mis ojos el más psicológico de los panoramas que he tenido ocasión de mirar en mi vida errante —un "panorama de negociaciones"—si tal puede

decirse, tan impreso así está el sello de la especulación por todas partes á lo largo de las riveras del Mississipi, celebrado por Chateaubriand y Longfellow.

La energía americana ha hecho de la vasta corriente de esa agua el natural vehículo de un tráfico enorme. El "padre de los ríos" se ha convertido en un dócil y buen obrero que acarrea infatigable la madera que cortan infatigablemente, allá abajo, más allá de San Pablo y de Miniápolis, leñeros de grandes y azules ojos, de fisonomías rosadas y cabellos blondos, de gigantes pacíficos. Son emigrantes que vienen de Suecia y de Noruega—seiscientos mil en los últimos diez años!

La larga fila flotante de los gruesos troncos cortados se desliza en el agua que corre, rayado cada cual con una marca que indica su destino. Esta agua, sucesivamente límpida y verde, fangosa y amarilla, circunda tantas islas que nunca se discierne la otra orilla del río. El lado por donde caminamos está surcado por convoyes que se dirigen, también ellos, infatigable é incesantemente, á buscar á todo vapor, ganado y granos á ese misterioso, á ese inagotable Oeste. Y sin embargo, llegará á agotarse; y se pregunta uno qué sucederá con ese pueblo cuando ya no pueda explotar ese receptáculo inmenso.

Pero, en tanto esto acontece, es un espectáculo de extraordinaria actividad, aun saliendo de Chicago y Nueva York. El coche privado en que viajamos ha sido, casi desde luego, unido á una locomotora especial. Este pequeño tren excepcional tiene que estacionarse sin cesar para dejar paso á los trenes regulares, compuestos casi exclusivamente de wagones que transportan animales. Nuestro coche destinado á las excursiones del presidente de la Compañía, no

se ha construido para gozar del lujo, aunque sus dos cámaras de dormir, su salón, su comedor, su cocina, su sala de baños constituyan una verdadera casa rodante en la que se pasarían semanas sin apercibirse gran cosa de que se está en camino. Por lo demás, cuántas personas no viajan de otro modo! Ví en Newport á una joven organizar de igual manera una excursión de varios amigos. Debía llevar á sus invitados en su wagón propio y su sola contrariedad consistía en que la estación de Chicago era muy ruidosa para una larga estancia. Este coche privado tiene por principal objeto evitar el hotel. Si acontece, en el curso de uno de estos paseos á través de quinientas leguas de país, que el habitante de este wagón especial caiga enfermo, permanece en él curándose, como pasa con un político, conocido mío, á quien su médico asiste de una fiebre tifoidea en un wagón análogo, detenido en estos momentos en no recuerdo qué estación del Colorado. Se han dado las órdenes convenientes para que no silben las locomotoras al acercarse á ese lugar. Y es tal la abundancia de esos coches privados que un hecho semejaante pasa desapercibido.

El wagón en que viajo, es una especie de oficina rodante destinada á facilitar el trabajo del presidente y de los directores que quieran ver con sus propios ojos el estado de su línea. Aquí aun, vuelvo á encontrar la "identificación" del gran negocio americano con tal ó cual persona, como ya lo he hecho notar hablando de los periódicos. Casi todos los grandes caminos de fierro, como éste, están en poder de un muy corto número de individuos. En algunos casos un solo hombre es el poseedor de la mayoría de las acciones. En otros casos estas acciones se reparten entre cuatro ó cinco capitalistas. En otros, los

interesados representados por un grupo de estos capitalistas, son tan poderosos que el resto de los portadores de acciones prefieren abandonarles la libre dirección de toda la empresa. De allí resulta en la dirección ese carácter de autocracia que M. Price señala con tanta justicia como un rasgo exclusivo del camino de fierro americano. Los que lo administran son sus dueños absolutos.

La necesidad de ver directamente es otra consecuencia de este estado de cosas. Además la concurrencia es muy fuerte para que pueda existir el anonimismo de la organización rutinaria de que está tan pagada la vieja Europa. Un camino de fierro americano representa muchos intereses vivos. No es tan solo una vía de comunicación más rápida á lado de otras vías, como por ejemplo los canales. En todos los Estados es casi la única comunicación.

No solo no deserta de las ciudades que están enteramente formadas y á las cuales les forma un lazo más estrecho. Es por sí propio un criador de ciudades. Entre Chicago y San Pablo han nacido cerca de veinte á las que la estación ha servido de germen vital. Primero han abierto tiendas para uso de los empleados y luego otras que han servido para surtir á los primeros. Hay una mina ó la esperanza de una mina en los alrededores, un buen pasto ó la posibilidad de él, entonces afluyen los inmigrantes. Si algún fenómeno natural, una cascada por ejemplo, permite el establecimiento de una máquina, se establecen industrias. Minneápolis no tiene otro origen; el camino de fierro pasaba más allá. Las caídas del Mississippi se prestaban para la instalación de molinos incomparables y hé allí el principio de una de las futuras capitales del mundo.

Es preciso no cansarse de las estadísticas que tor-

nan casi perceptible esta admirable germinación. Esta Minneápolis, literalmente fundada ayer en la que no ha podido aun nacer ningún hombre que hoy cuente cuarenta años, ocupa ahora el ciento veintiunavo lugar en la lista de las ciudades de toda la tierra, levantada por orden de población. Viene inmediatamente después de la Haya, antes de Trieste, ántes de Tolosa, ántes de Sevilla, de Génova, de Florencia, de Venecia, del Havré, de Bolofia y antes de Ruan y de Strasburgo.

He tenido un capricho paradójal al contraponer estos nombres antiguos á este nombre tan bárbaro en su origen y tan simbólico—se deriva de una palabra griega y de una palabra sioux!—Es un desalojamiento total del plan de la historia, el que se manifiesta por estos inesperados desalojamientos en los centros de la actividad humana. Si no hubiéramos dejado que se aboliera el sentido del misterio oculto en toda realidad, aun brutal y vulgar, cuando es fecundante hasta ese grado, veríamos allí uno de los milagros de una época á la cual no le faltó para hacernos temblar de admiración, sino estar muy distante en el tiempo!

Para el negociante, obrero inconsciente de este milagro, el establecimiento de una gran línea no es más que un problema de especulación. Piensan únicamente si estos granos de ciudades escapadas de este modo del tubo de la locomotora, con los escarbilles y las chispas, germinarán ó abortarán y si el terreno que les es circunvecino les producirá ó no millones de dollars. Lo más frecuente es que la Compañía haya recibido este terreno á título de subvención y sin desembolsar un solo céntimo. De este modo acordó el Congreso trece millones de acres al *Unión Pacific*, seis millones al *Kansas Pacific*, doce millones al

Central Pacific, cuarenta y dos millones al *Atlantic Pacific* y cuarenta y siete millones al *Northern Pacific*. Tanto cuanto valgan estas tierras, tanto así valdrá el camino de fierro. Este las fecunda y ellas le enriquecen; acarreará un aluvión de humanidad que decuplicara, que centuplicará su precio. Estas cifras son las que se multiplican en el espíritu de los *magnates*,—como aquí se denomina á los grandes *railroadmen*—cuando van inclinados sobre la ventanilla de su wagón. Miran dibujarse esbozos de ciudades, alargarse las pobres casas de madera, asentadas sobre el suelo y traídas aquí por piezas numeradas. Se preguntan cómo y cuándo hará explosión este embrión cuándo crecerá y se desarrollará, y abandonándose de nuevo á las delicias del *rocker* en su salón rodante, surgen en su pensamiento planes colosales. Cada uno de ellos está habituado á amplitudes de empresas iguales á las de un primer ministro. Ya ha formado ciudades; ya ha hecho regiones. Ha necesitado las cualidades de un gran diplomático para luchar, hoy contra una compañía rival, mañana contra el gobernador de algún Estado. Ha librado batallas, formado ligas. Ha debido, para que el negocio camine como marcha, regimentar miles de hombres, escoger entre ellos á los más hábiles y mandarlos como Napoleón mandaba á sus oficiales y á sus soldados.

Es un poder, no decorativo y honorífico, sino un poder real, activo, con una responsabilidad contrapesada inmediatamente por el éxito ó por el fracaso. En el sentido feudal de aquella palabra, estas gentes son príncipes y que á menudo tienen el orgullo de haberse conquistado su principado por sí mismos. Pueden verse á sí propios hace veinte años tenderillos, carboneros, domésticos, garroteros. Una existencia parecida tiene su poesía, no la que cantan los

poetas, pero sí su poesía, y tiene su belleza que un Balzac habría amado.

... La locomotora sigue caminando y desenvolviéndose el paisaje, mientras me asaltan esas reflexiones. Restos de selvas circundan al Mississipi, ahora enmohecidas por el otoño. La magnificencia de los tonos bermejos, su espesor y su solidez reaniman la mirada. En un momento, á la hora del crepúsculo, una punta de la selva se incendia en el horizonte. Se retuerce una llama colosal alumbrando un amontonamiento de montañas y el agua del río en que se refleja el cielo de la puesta del sol, se torna divinamente rosa y color malva. Por un instante la invencible naturaleza ha tomado su revancha y abolido á la industria. Me imagino, ante este paisaje transfigurado de súbito, lo que habrá sido esta parte de América hace cincuenta años, cuando los Trapistas y los Indios luchaban en estos matorrales, entre este bosque y en las orillas de este río cantó Longfellow:

Men whose lives glided on like rives that vather

(the woolands

Daskind by shadows of earth, but reflecting an
(image of heavens.

"El hombre que su vida en el secreto encierra
Es cual río que cruza del bosque bajo el velo,
Mudo espejo que copia las sombras de la tierra
Pero también las bellas imágenes del cielo.

En presencia de tales horizontes deben leerse los romances de Tenimore Cooper, que han pasado de moda en el día, pero que encantaron nuestra adolescencia, del otro lado de los mares. Acabo de leer de nuevo uno de los más célebres: el "Explorador." Su forma es mediana; la fábula se enreda en medio de acontecimientos que tienen la inverosimilitud propia de los niños. Faltan espíritu analítico y profundidad

á los caracteres; y sin embargo, el libro posee una de las primeras cualidades de un romance: la *credibilidad*. Y la debe, á pesar de sus defectos, á la evidente buena fé con que están pintados sus diversos tipos y en particular el del guía, ese *Bas-de-cuir*, que es legendario aun en la misma Europa.

Al través de las debilidades de estilo y de composición, se siente, como en las crónicas de Walter Scott, la verdad de una tradición local recogida en su propia fuente. Y esto ni se imita, ni envejece. Detrás de esta fantástica descripción se adivina la antigua naturaleza y al Americano del siglo último, en vísperas de la guerra de independencia, entregado á la vida moral y sin poseer la industria que hoy predomina sobre toda esta tierra.

En ese tiempo, en el contacto de ese puritano y de esa naturaleza silvestre hubo un período único, cuyo héroe real fué Washington. La Inglaterra estaba aun muy cerca y la sangre de sus hijos, de aquellos que emigraron al continente, no había sufrido aún la mescolanza que hoy la transforma. Los romances de Cooper muestran la rigidez inglesa de los americanos de aquella época y también el rigor de la guerra con los indios, y á la vez la riqueza maravillosa en animales de ese suelo, hoy purgado definitivamente de su caza mayor y menor. Refieren los principios de la lucha contra esa naturaleza conquistada ya en la actualidad, pero violada y brutalizada.

Después de esta lectura se comprende que por los Estados Unidos han pasado y agotado ya toda una civilización de cazadores y de campesinos antes de que hayan revestido la actual. Ha vivido más este pueblo nuevo en treinta años, que la Europa desde el Renacimiento. Entre las costumbres que describe ese *Pathfinder* y las que yo procuro estudiar para

conocer algunos de sus elementos, existe ciertamente más diferencia que entre la Francia del siglo XVII y la de nuestros días, con todo y las convulsiones de la Revolución. Es tal plasticidad de este país, que pueden preverse iguales diferencias entre las costumbres de este año en la Exposición de Chicago y las de 1993, y entonces, como hace cien años y como esta tarde, los que únicamente quedarán los mismos, serán la puesta del sol, el cielo y el agua de este río. Las mismas estrellas brillarán en el mismo cielo y por el horizonte saldrá la misma luna, inundando de luz el vasto río que se tornará completamente pálido y el bosque que se revestirá todo él de sombras. Pero, ¿alumbrará acaso esta fila de trenes que se cruzan con el nuestro y que van conduciendo indefinitivamente animales y trigo, animales; á llevar dinero, y siempre más dinero á algunas de esas enormes fortunas destinadas á caer algún día, bajo la forma de dote, en algún palacio arruinado de Francia ó en algún castillo histórico y pobre de Inglaterra ó de Francia?

San Pablo, á donde arribo un domingo por la mañana, es una gran ciudad caótica, construida en parte con esas mismas casas de madera asentadas sobre el suelo como las ciudades nacientes de las orillas de las líneas férreas. Luego, á lo largo de un terraplén *macadamizado* y que domina al Mississipi, se destaca una série de hermosas casas de piedra, no muy elevadas y de muy bonita arquitectura. Forman toda una larga calle de hoteles particulares, parecidos á los de los alrededores de Hyde-Park á los de la Avenida del Bosque.

Nada revela como el exterior de estas casas, en los hombres que las han levantado y todos ellos son negociantes de aquí, ese dispendio fastuoso, tan contrario al parecer, á la rigidez del lucro impresa por todas partes en este país tan duro. Esta contradicción es solo aparente. El Americano gusta "hacer dollars" como dicen. Pero no se aferra á ellos. Sobre todo, busca en la conquista de la riqueza una excitación de actividad, la afirmación de su personalidad é igualmente si no con mayor fuerza afirma esta personalidad por el fausto de sus dispendios.

A veces esta fastuosidad es bárbara. Però á menudo es también muy inteligente. Me he convencido de ello al visitar una de las casas de esta *Summit avenue*, la calle elegante del rudo San Pablo. La galería de cuadros que hay en esa casa, se encuentra mencionada en las guías, pertenece al presidente de uno de los grandes caminos de fierro del Oeste, un *self-made man*, si necesario fuere. Todos aquellos que le conocieron hace veinte años, recuerdan que era un empleado insignificante de comercio. Después vendió carbón y más tarde fletó barcos. Esta, su última empresa, le hizo conocer de vista las riquezas de Montana y de North Dakota. Un camino de fierro que se había comenzado en estas regiones estaba expuesto á una quiebra. Compró esta línea perdida ya, y hoy, debido á los contratos que ha sabido hacer y de trasborde en trasborde esta línea hace el servicio directo de Buffalo al Japón. Hé allí realizado el tipo de uno de esos grandes negocios americanos, de los que es la base la pequeña experiencia personal y cuyos resultados se amplifican hasta lo fantástico por la audacia de las combinaciones.

No es ménos típico el interior de la casa amueblada por este hombre. En ella hay cuadros por todas

partes y más cuadros. Corot, de hermosura primitiva, y entre otros la *Biblis* que figuraba en la venta Secretán; Troyón, De Camps, un Courbet colosal, de Delacroix, los *Convulsionarios* y una perspectiva de las costas del Marroc, ante la cual me detuve creyendo estar soñando. Ví esta tela hace muchos años. La busqué después en centenares de Museos públicos y privados, sin que un solo libro me diese la indicación de su actual poseedor, y aquí vengo á encontrarla.

Representa una playa corta y estrecha, una margen de playa arenosa al pié de un áspero arrecife. Unos moros arrebatában con rapidez una gran embarcación. El pueblo, un nido de piratas, se distingue blanquísimo y muy alto en una quebradura del terreno. Esa plaza de casuchas escondidas en esa quebradura solitaria, la salvajez de esa playa, el apresuramiento de esos marineros, la libertad de la mar inmensa de un azul intensísimo bajo un ardiente cielo, todo revela la audacia, el golpe de mano, el peligro.

Se vé el realismo y lo romanesco, el colorido brillante y lo dramático, en ese cuadro de un artista reflexivo y apasionado, y que iba siempre en busca de una belleza complexa en la que lo indefinido de un misterio trágico se mezclase al esplendor de lo representado.

¡Qué carrera ha hecho esta tela entre el taller del pintor y la galería de un millonario al borde del Oeste! Ví también en Baltimore, en la colección de otro magnate de otro camino de fierro, la serie completa de los dibujos de Barye, de ese mismo Delacroix, un *Cristo durmiendo en la tempestad*, con un admirable paisaje marino, una ola lívida en lo glaucó, bramadora y desencadenada, bajo un cielo lívido en lo vio-

leta,—Tromentin, Daubigny, otros Corot, otros Decamp, otros Troyón, Bonnat, toda la gloria francesa! ¿A qué sentimiento obedecerán estos especuladores enriquecidos al amontonar así, en el interior de sus casas los tesoros del arte que parece ser más extraño á lo que constituye el oficio y la pasión de toda su vida?

En ello creo entrever desde luego ese ensueño por la cultura, esa nostalgia de un placer intelectual que me conmueve siempre ver en esos personajes tan saturados de energía práctica. En seguida reconozco en ello una voluntad de buen patriota. Tienen una especie de amor, enteramente particular, por la ciudad donde se han establecido, á la que han visto crecer, nacer algunas veces y á la que quieren asegurar todas las superioridades. Como un museo es una de ellas, se lo forman en su propia casa. Casi siempre el testamento de estos grandes negociantes contiene una cláusula que testimonia cuán profunda y general es la idea de que los millones traen consigo deberes cívicos. Destinan quinientos mil dollars de subvención para la Biblioteca, para la Universidad, para el museo de su ciudad. Si alguno de ellos muere sin haber tomado disposiciones de este género, sobre su memoria recae una censura universal.

A causa de esto está orgullosa de sus millonarios cada una de esas ciudades industriales. El coche-ro más significativo enseña sus moradas, conoce las cifras de su fortuna y los designa con su diminutivo. Se subentiende que una solidaridad municipal une á estos potentados del dollar con sus conciudadanos inmediatos. De hecho existe esta solidaridad, material y cotidianamente. El mismo M. Chauncey Depew, de quien citaba un discurso hace poco, decía á un repórter estas significativas palabras:

—“En los Estados Unidos, un presidente de camino de fierro es un gran servidor del público. Tiene bajo sus órdenes veinte ó treinta mil hombres, lo que representa cien mil y á veces doscientas mil bocas que mantener y no es tan solo el bienestar físico, sí que también el bienestar mental y moral de ésta, el que tiene en sus manos. No podría hacerlo todo, ni dejar contento á todo el mundo. Pero puede mucho y cuando ha hecho lo más que pueda, no encontrareis otro hombre que colocado en *posición prominente* produzca más para la confortación *and good citizenship* de las grandes comunidades.....”

Entre nosotros es la menos conocida de las virtudes del negociante americano, ese civismo caluroso. Creo que es una de las más sinceras, dándole su parte á la verdad y la suya al *humbug*.

... Por tener los ojos llenos de la luminosa poesía de este cuadro de Delacroix, me costó trabajo recobrar el sentido para el paisaje que se vé entre las dos ciudades de San Pablo y Minneápolis. Y sin embargo es aun más expresivo. Las pocas millas de terreno que separa estas ciudades una de otra, están todas distribuidas en lotes sobre poco más ó menos iguales y en todas partes se lee esta inscripción: “De venta,” multiplicada indefinidamente. Dentro de cincuenta años los arrabales de las dos “gemelas del Oeste,” como se les llama con frecuencia, se confundirán aquí.

Empiezan á aparecer, á poco andar, casas de madera, luego casas de ladrillo. Es Minneápolis; aun-que estas primeras construcciones estén aun diseminadas como rancherías en una montaña, ya las calles están trazadas y numeradas. Un tranway eléctrico recorre estas manzanas, que á pesar de sus rarísimas casas, permanecen en estado de dibujo ideal. Es co-

mo el plano hecho anticipadamente y sobre el mismo suelo, de una ciudad colosal, proyectada, soñada ó mejor calculada, y á la que servirá esta electricidad en sus futuras necesidades. Los albañales están ahondados, las fuentes manan, todo este terreno está canalizado. Solo habitantes faltan!

Hay, sin embargo, ciento sesenta y cinco mil en los cuarteles construidos, que á su vez son una pequeñísima porción de los previstos por los negociantes de Minneápolis. Chicago cuenta con más de un millón de almas y ellos no ponen en duda que su ciudad sobrepasa á Chicago. Y por lo mismo han tomado sus precauciones. Han comprado todo el terreno circunvecino que han podido comprar. Lo fraccionan y lo venden pedazo por pedazo. Han dotado á sus barrios por construir, del órgano vital, la facilidad del transporte rápido que permite á cada obrero tener su casita—y esperan con la fuerza de la esperanza propia del Americano, sin duda por ello de estar metidos en otras especulaciones que les compensarán el fracaso de esta en el caso, para ellos improbable de que abortara.

Uno de los mayores especuladores de Minneápolis, el que tal vez ha creído con más fé desde el primer día en el porvenir de esa ciudad, me condujo en su carro eléctrico—uu carro eléctrico particular; ¿dónde, que no sea aquí, se encontrará este capricho?—Quiere probarme que él y sus amigos no solo han previsto el acrecentamiento material de la ciudad, si que también han pensado en su vida artística.

El carro se desliza á lo largo de su hilo con espantosa rapidez. No tiene que detenerse para tomar pasajeros. Hemos dejado las porciones construidas y casi al momento las partes por construir con sus calles imaginarias y la infinidad de sus etiquetas de

venta fijadas sobre postes. Estos carteles son tan numerosos, que hacen parecerse este distrito á los acirates de un jardín botánico destinado á los habitantes de Brobdingab. Costea ahora el carro un pequeño lago, caya agua azulosa tiembla entre árboles jóvenes y delgados. Se ha cortado, matado la selva primitiva y este tímido ensayo de plantación parece desnudar más el horizonte.

Llegamos á la punta de un bosque mejor preservado que sirve de fresca ortadura á un segundo lago. Sobre la orilla se levanta uno de los más extraños teatros de música que haya sido posible visitar. Se extienden graderías mirando al lago. Hacia arriba se distribuyen en aposentos, hacia abajo se extienden en patio. Las tablas de madera puestas en estos aposentos y sobre este patio me recuerdan que en Minneápolis el fondo de la inmigración es germana. Este sitio está visiblemente preparado para hombres de cervecería: alemanes, suecos, daneses, noruegos. Una vasta almadía está en la amarra frente al teatro. Tiene una estrada destinada á la orquesta. Durante las hermosas noches de estío, allí se dan conciertos y cuando el público lo pide, la almadía se aleja para aumentar con la distancia el encanto del trozo de música ejecutado así. Esta adaptación democrática de los sueños del rey Luis de Baviera, cuesta á la gente-cilla que quiera disfrutar de ella, diez sueldos de tranway y veiticinco sueldos de entrada, sin duda con consumo como dicen los avisos de los cafés-conciertos!

Toda la América está allá adentro: la orquesta se compone de artistas escogidos y que serán mejores año por año con el acrecentamiento de las riquezas de la ciudad. El cuadro del paisaje es exquisito en esta mañana de otoño, velada sobre el bosque ama-

rillento y sobre el agua violeta. ¿Cómo será en las claras y tibias noches de luna del mes de Junio? La idea es delicada y primorosa como capricho de fiesta popular. Y el todo tiene como principio una especulación del tranway que reposa á su vez sobre una especulación de terrenos!.....

El más humilde realismo, el más sujeto á la minuciosa observación de los hechos, y á la vez una audacia de imaginación que jamás retrocede, que engancha proyectos tras de proyectos, que infla empresas, ya por sí mismas enormes, que se exalta en combinaciones de más en más colosales;—el individualismo más rígido, el más implacable, el de un animal de presa de elevada especie que camina devorando cuantas vidas halla á su derredor ó si se quiere la violencia de acción de un río que se desborda, absorbiendo todas las aguas, inundando todas las tierras, rodando su insaciable oleada á través de países asolados y al mismo tiempo una generosidad sin igual, una magnanimidad de pasión cívica que prodiga los millones en obras desinteresadas, que se esparce en sacrificios infatigables por la patria común;—un plebeyismo muy reciente en su origen, una modestia, una bajeza frecuente de nacimiento, de familia, de educación, que, según parece, no ha podido mejorar una labor enteramente profesional, y ceñido á esto magnificencias y suntuosidades de grandes señores, el gusto por las artes, el amplio conocimiento de un lujo inteligente y una facilidad natural en el manejo de esas formidables riquezas adquiridas ayer; tales son los caracteres contradictorios que el análisis, aun el más superficial, descubre en la compleja fiso-

nomía del hombre de negocios ó del banquero americano.

Nada más al anotarlos en este brevísimo resumen creo percibir que estos caracteres son también los de la raza entera y bajo el potentado que reina como amo en su camino de fierro, en su manufactura, en su periódico, en su mina, reconozco al colono primitivo con sus lineamientos morales que la fortuna no ha podido cambiar.

Este colono vino ya hace cincuenta, ya cien años, á establecer sobre esta tierra nueva aún y en ella tuvo que luchar con la lucha más directa, la menos facilitada por las convenciones sociales, luchar contra las gentes, luchar en contra de la naturaleza, luchar contra sí mismo. Su carne se revelaba contra las asperezas de los primeros años. El campo le era hostil. Sus vecinos eran duros, peligrosos, no concedían merced. La necesidad de obrar forzó al hombre á observar, á no formarse sino ideas netas y precisas. Esta preceptora inexorable le ha curado de las frases, de las fórmulas, de las preocupaciones y del poco más ó ménos.

Esto en lo concerniente al realismo.

Pero esta lucha del colono tenía ante sí todas las posibilidades. Expatriaciones de esa naturaleza no se explican sin una de esas esperanzas locas que encuentran en sí mismos los desesperados en instantes supremos, cuando el alma se trasforma entera por una de esas sacudidas que no dejan en ella nada del pasado. Y apenas llegado aquí, todo contribuía á exaltar aun más esta fiebre de esperanza en el desterrado: la tierra increíblemente fértil, el misterio de las minas de oro y de plata siempre por descubrir, la pradera locamente abundante de caza, las selvas inagotables y el cuoticiáuo ejemplo de fortunas gigan-

tescas improvisadas en algunos años. Eso en lo tocante á la imaginación.

Sin embargo, continuaba el aflujo de los emigrantes, tan numerosos, la concurrencia vital se hacia tan violenta en este corro de aventureros, todos hombres de miseria y energía, se cumplía la justicia de modo tan sumario, que fué necesario recurrir al *Faustrecht*, á ese derecho del puño que fué el principio del orden en la edad media alemana. El linchamiento es su último resto.—Eso en lo referente al individualismo.

Por otra parte esos mismos colonos encontraban en esta dura existencia un renuevo de su personalidad. Se rehacian un destino sin pasado y sentían por la tierra libre que les había permitido este nuevo comienzo de vida una gratitud apasionada. Y este es el origen del patriotismo americano tan distinto del nuestro. No entra en él la tradición, puesto que estas gentes salvo un corto número de familias que son contadas, tienen sus tradiciones en otra parte. Ellos aman á esta nueva patria precisamente porque es nueva. Y ellos son los que dan nacimiento á esta tradición. Son sus antecesores y lo saben.—He aquí lo que se refiere á la exaltación del civismo.

Por último, estos colonos eran plebeyos ó se encontraban forzados á serlo, puesto que debían trabajar con sus propias manos. Nada más que la vasta extensión de sus dominios, el hecho de no depender de nadie, el gozo de ser los amos y señores de una tierra desmontada por ellos mismos, la conciencia de una virilidad regenerada, el hábito de la iniciativa en ellos ese orgullo que el americano más insignificante, nacido en el país, manifiesta naturalmente.

Miradlo bien, el banquero, el hombre de negocios,

no es otra cosa sino ese colono amplificado, desarrollado, agrandado.

Nunca ha sido más visible que aquí la ley de la herencia, en esta trasposición sublimada, si así puede decirse. Reaparece toda el alma del colono campesino de los primeros días, en las empresas y en las fantasías de los millonarios y como esta alma continúa agitándose en el americano pobre que no ha podido vencer á la suerte, se establece un parecido moral entre los más desgraciados y los más hartos, parecido íntimo y profundo de que está formada la verdadera cohesión de este país. Es á causa de esta singular identidad por lo que se mantiene siempre unificado, apesar de tantas causas que sin cesar trabajan para desagregarlo.

Estos banqueros que están en vía de construir una civilización del lado Oeste, con elementos todos extraños á él, la construyen naturalmente á imagen del carácter americano. La conciencia nacional se proyecta debido á ellos en ciudades y en empresas de una unidad tan completa que los viajeros se quejan de ella. Están acordes en reprochar á este país su cruel monotonía. No recuerdo qué humorista comparaba las cosas de América á las fresas producidas en los invernaderos tan gruesas como los albaricoques, tan rojas como las rosas, espléndidas para ser vistas, pero que no tienen sabor alguno.

Si este epigrama encierra algo de verdadero, á los banqueros es á quienes se les debe. Aplicando á todos los productos el mismo método de multiplicación indefinida, duplicando en todas partes al obrero con la máquina, sustituyendo sin cesar la gran tarea colectiva y apresurada á la tarea individual y delicada, han desterrado, en efecto, lo pintoresco de la atmósfera de su república. Todas esas grandes ciudades,

todas esas grandes fábricas, todos esos grandes puentes, todos esos grandes hoteles, se asemejan. Pero lo que es necesario pedirles no es una impresión de arte, es un dato sobre las fuerzas profundas de la vida americana y este dato se agrega á los otros para completarlos confirmándolos.

El carácter particular que manifiestan los banqueros en todas las empresas, cuyo símbolo brutal son estas ciudades y esos panoramas que es el mismo que manifiestan las mujeres en su elegancia y en su cultura, que la sociedad de Nueva York enseña en su lujo, en sus diversiones y en su conversación y que Nueva York manifiesta á la primera inspección en sus calles y en sus casas: es ese mismo rasgo tan característico y que es nacional. Y este carácter se reduce al uso único y constante, al uso llevado hasta el abuso de una sola de las potencias humanas: la voluntad.

Aquí con evidencia es la pieza maestra del engrane á la que están subordinadas todas las demás. Si se observa á alguno de esos banqueros, después de haber estudiado á fondo su obra, pronto se descubre que aun el mismo aparato fisiológico, tan robusto comunmente, está dirigido todo él en ese sentido. Ya cuenten, treinta, ya cuarenta, ya cincuenta años de edad, tienen por único ideal el *hardwork*, el trabajo intenso que exigen á sus empleados tanto como á sí mismos. Se refiere que son necesarios muchos meses para endurecer á los obreros ingleses—y que son los mas duros de Europa—en la rudeza habitual á los talleres americanos.

Pero el patrón está él mismo en su despacho antes de la primera hora de trabajo en la mañana y no se retira sino á la última. A menudo para reparar el cansancio de tan larga sesión no ha tomado sino dos

sandwichs y seis ostiones pedidos á una cantina próxima. Por muy fuerte que sea su constitución no pasan muchos años sin que se deteriore profundamente. Necesita detenerse. Es bastante el género de reposo que le prescriben los médicos para reparar la naturaleza y la intensidad de su cansancio. Necesita seis meses de viaje, casi siempre en la mar, para dar á su organismo trabajado, medio roto, la reparación conveniente.

Los que más resisten llevan impresa la huella de las fatigas soportadas por su enorme temperamento. Son gigantes de dorso redondo, hecho más cargado por las innumerables sesiones pasadas en su "office," y que tienen la cara demacrada, en la que puede leerse una especie de vejez de la sangre. Revela la expresión de estas fisonomías una tal tensión de la inteligencia que no se cree posible que se distraiga nunca.

Hablando con ellos, llega uno á explicarse la razón por qué anuncian los diarios sin cesar la muerte súbita de un millonario acaecida en un bufete, en el camarote de un buque, en un departamento especial de una vía ferrea. Las palabras *heart disease*—enfermedad del corazón,—van unidas comunmente á la noticia fúnebre con un comentario que hace se adviene á la máquina humana usada hasta sus asientos por la continuidad no interrumpida del gasto nervioso. Estos hombres que manejan los dollars son, en definitiva los héroes modernos en quienes la fuerza de ataque y de resistencia es análoga, bajo muchas diversas formas, á la fuerza de ataque y resistencia de un veterano del Emperador. Mueren, después de haber vivido mucho, únicamente de eso.

Esta es la grandeza y el límite de esa civilización: la vida intelectual está postergada, postergada la vi-

da sentimental y postergada aun la misma vida religiosa. La vida voluntaria es la que allí consume toda la savia del individuo. A veces parece, tan hipertrofiada así está, moverse en el vacío y sin objeto. Es también el defecto de toda esta sociedad. Por todas partes se percibe que los Americanos han hecho á un lado al tiempo y que, por una ley misteriosa, no hacen tan poco nada que deba durar. Todo el adorno de esas ciudades babilónicas tiene que ser reemplazado por otro. De ello se tiene la visión anticipada. Las máquinas cederán su lugar á otras máquinas, más sencillas ó más complicadas. Dentro de diez años, estos hoteles colosales, perforados con mil tubos, alumbrados por la electricidad, surcados por el agua caliente y por el agua fría, incesantemente recorridos por rápidos elevadores, amueblados con magnificencia tan extravagante, pasarán de moda, *old fashioned*. Otros nuevos los habrán sustituido.

Con todo lo demás pasa lo mismo, desde las máquinas de escribir hasta las fortunas y así proseguirá al parecer, indefinidamente, á menos que esta América de los industriales y de los especuladores, pase también, como pasó la América de los colonos campesinos y que deba suceder á este frenesí de empresa una civilización que tenga por llave maestra, no ya á la voluntad consciente y calculadora, sino al instinto, á la costumbre, á la naturaleza heredada y sufrida. Pero, en todo caso, está muy lejana esta metamorfosis suprema. Y se comprende la razón cuando se estudia un mapa de Estados Unidos, comparando la extensión del territorio al número de sus habitantes. Usan los Americanos chiste, hasta cierto punto justificado, de decir que si á la Francia entera se la pusiese en medio de Texas, aun quedaría mucho Texas á su derredor. Conviene agregar, que este inmen-

so Texas no tiene tres millones de habitantes. La Florida no tiene cuatrocientos mil y se necesitan catorce horas de camino de fierro para subir de Lak-Worth á Jaksonville. Sobre cuarenta Estados, treinta están en condiciones análogas. Este es el secreto de esta civilización. No ha franqueado el periodo de conquista. Su prodigiosa originalidad reside en que el conquistador ha llegado de un golpe hasta el refinamiento de la civilización más avanzada. Semejante fenómeno no se había visto nunca. Jamás volverá á verse. A causa de esto, los conductores de esta conquista de orden exclusivo, los banqueros no se parecen en nada á nuestros bolsistas, á nuestros industriales, á nuestros manufactureros, ni á nuestros ingenieros, como Chicago en nada se parece a Paris, ni Minneápolis á Florencia. Me gustan más las ciudades de la vieja Europa, pero admiro más á los banqueros del Nuevo Mundo. La obra ejecutada por ellos á fuerza de voluntad improvisadora no equivale á la obra que entre nosotros han elaborado los siglos, pero los constructores actuales de este país son muestras de una humanidad más vigorosa.

VI

LOS DE ABAJO.

I.—LOS OBREROS.

“Los negocios” ha dicho un humorista del socialismo, corrigiendo una célebre frase: “los negocios son el trabajo de los otros. . . .” Esta fórmula solo es